

SEGUNDO DOMINGO DE PASCUA.

30 de abril de 2000.

Juan 20, 19-31.

"Esta generación incrédula.." Jesús, para quienes creen en Él, es el autor de la fe y el que acredita toda auténtica esperanza. Un principio repetido hasta el cansancio y, no obstante, insuficientemente aprendido por quienes afirman conocerlo. Aún experimentamos la fuerza del alba del domingo de Pascua. La Iglesia hace correr las páginas del Evangelio escrito por San Juan. Son escenas rápidas, casi cotidianas crónicas de las apariciones del Señor resucitado. Vuelve a tomar su lugar principal el tema de la fe. Sin duda, en lo sucesivo, los creyentes se habituarán a mirar de otra manera la realidad cuyo núcleo esencial permanece oculto e incomprensible sin la fe. *"Esta generación incrédula..."* dice Jesús, al comprobar la resistencia opuesta a la simple y única Verdad que expone a sus oyentes. ¿Qué ocurre hoy? ¿Qué nos pasa cuando eludimos la práctica de la Verdad, en la que teóricamente coincidimos, pero que no parece alcanzar cuando se trata de discernir la presente coyuntura conflictiva?

La honestidad. La Pascua, para los cristianos, deja sus resabios folclóricos para incorporarse a la historia concreta. En la actual situación cultural del mundo, lo aparente y formal ha perdido la consideración de una

sociedad desilusionada de los estereotipos del pasado. No es el momento de calificar la moralidad de esa desilusión. Basta comprobarla y buscar, en las verdades perennes de la fe, una respuesta inmediata y restauradora. La centralidad religiosa de la Pascua, tal cual la propone la Iglesia, requiere una virtud que hoy, hasta ausente, goza de elevada cotización: *la honestidad*. Lo que parece faltar es lo más reclamado por este mundo desilusionado. Los auténticos líderes de una sociedad, que eleva y destrona a sus reyezuelos, son seres honestos, desinteresados y, por lo mismo, absolutamente coherentes. Las verdades no se apoyan en el discurso artesanal y bien sonante sino en los gestos de vida. El ejemplo del Papa, que ha ocupado tanto comentario en el mundo entero, aparece como gesto de vida que hace creíble la Verdad que propone. Lo contrario no hubiera causado una impresión tan honda y permanente.

Mostrar las pruebas. Es el momento de las verdades transparentes. Tomás quiere ver y tocar el cuerpo glorioso de Cristo. No cree en las palabras de sus amigos, testigos de la verdad notificada. No es, el de Tomás, el camino elegido por el Señor para iniciar la gesta histórica de la Redención. En lo sucesivo, quienes decidan introducirse en el camino hacia el Reino, deberán aceptar el testimonio de los que han sido autorizados para transmitirlo. Pero, Tomás es el desilusionado hombre contemporáneo que no se contenta con la palabra, aún autorizada, de quienes le anuncian la Buena Nueva. Necesita ver y tocar, aunque

luego deba llorar su incredulidad. Jesús se hace cargo del temor testarudo de Tomás y accede a su requerimiento. Le advierte que es incredulidad no aceptar el testimonio de sus hermanos: "*Luego dijo a Tomás: 'Trae aquí tu dedo: aquí están mis manos. Acerca tu mano: métela en mi costado. En adelante no seas incrédulo, sino hombre de fe'. Tomás respondió: '¡Señor mío y Dios mío!'. Jesús le dijo: 'Ahora crees, porque me has visto. ¡Felices los que creen sin haber visto!'*".¹ Para recuperar la fe, en grandes sectores de nuestro pueblo, se requerirá retomar el método condescendiente de Jesús ante el discípulo incrédulo y mostrar las pruebas. Existe una diferencia accidental: las manos y el costado lacerados no constituyen garantía suficiente para los hombres contemporáneos. La Vida nueva, que anima el Cuerpo místico de Cristo, es la prueba. La visualización de la misma se produce por la santidad de los miembros actuales de ese Sacratísimo Cuerpo.

Conciencias muertas. Experimento la fatiga espiritual causada por los intentos reiterados de despertar conciencias que, lo compruebo con dolor, no están dormidas sino muertas. Muchas, por falta de formación en la fe católica, que afirman profesar, están en un estado de inanición semejante a la muerte. Es preciso que la acción evangelizadora, acción de Cristo por mediación de su Iglesia, opere una verdadera resurrección. No podemos exigir actos vitales, que respondan a una vida en realidad no

¹ Juan 20, 27-29.

existente. Porque ¿cómo reclamar conductas correctas si no están fundadas en una Vida cristiana auténtica? Debemos, en consecuencia, asegurar la vida espiritual y moral propia de quienes asumirán responsablemente las diversas funciones sociales. La vida, en nuestro caso la vida cristiana, resguarda la existencia y el desarrollo de las virtudes y valores que le corresponden. Cuando esas virtudes no aparecen en nuestra sociedad; en sus mujeres y hombres, en sus dirigentes sociales y políticos, debemos concluir, mal que nos pese, que la auténtica vida cristiana es una utopía irrealizada. Para que exista debe producirse una verdadera resurrección. Vale decir, que todos los cristianos, como lo he afirmado durante las celebraciones pascuales, debemos sumergirnos en la muerte saludable de Cristo, conforme a la exhortación de San Pablo, mediante un cambio profundo y decisivo.

Cuidemos la predicación. ¡Cómo quisiera que mis hermanos sacerdotes prepararan con esmero cada homilía, cada instrucción catequística y cada exhortación! Cristo debe ser predicado, propuesto como Verdad, como llamado fuerte y directo a la conversión. Lo necesita nuestro pueblo de Corrientes. El Señor, con una condescendencia propia de su amor de Padre, ofrece, mediante nuestro ministerio, la Vida de su propio Hijo para que todos participen de ella. La esperanza, a la que me he referido en ocasión de las fiestas Pascuales, está internamente animada para el trabajo impostergable de diseñar una manera nueva

de ver, enfrentar y realizar la obra del verdadero y legítimo bienestar del pueblo. Observo cierto empecinamiento en rechazar un examen sincero y humilde, que nos involucre a todos. Allí cobraremos conciencia de que las cosas no nos fueron tan bien porque se ha descuidado la vida cristiana, como suprema fuente de inspiración. Es el momento de sumar energías y buena voluntad para lograr que todo el pueblo salga beneficiado y no algunos sectores, cualesquiera sean sus enfoques ideológicos. Es el momento de la abnegación, y del diálogo humilde y constructivo, que posibiliten el consenso para una acción inteligente que logre, de verdad, el bien de todos.